

JULIANA GONZÁLEZ-RIVERA

La invención del viaje

La historia de los relatos
que cuentan el mundo

ALIANZA EDITORIAL

Primera edición: 2019
Segunda reimpresión: 2022

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Juliana González-Rivera, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9181-462-7
Depósito Legal: M. 771-2019
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

El viaje está por terminar, ¡oh, desventura!

SERGIO PITOL, *El viaje*

J'ai pitié de celui-là seul
qui se réveille dans la grande nuit patriarcale
se croyant abrité sous les étoiles de Dieu,
et qui sent tout à coup le voyage.

SAINT-EXUPÉRY, *Ciudadela*

En los ojos del perro se aleja el barco y comienza el viaje.
No hay llegada, viaja quien sabe irse.

PEDRO SORELA, *Historia de las despedidas*

La chaise est triste, hélas! Et j'ai lu tous les livres.
Fuir! Là-bas!
Fuir!

MALLARMÉ, *Brise Marine*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
EL VIAJE COMO UNIVERSO	17
La gran metáfora	17
Viajero es el que busca	27
No hay viaje sin propósito	41
Un botín con muchos nombres	42
El camino como escuela	46
Los que parten por partir	50
No hay regreso	55
Viajar es crear	67
BREVE HISTORIA DEL VIAJE Y SU RELATO	79
La escritura del movimiento	79
El viaje en el origen de la narración	82
Del mar Egeo a la Guerra de las Galias	92
La Edad Media: peregrinos, mercaderes y embajadas	111
Descubrir América por haber leído a Marco Polo	137
Impostores, piratas, editores y científicos	153
El conocimiento no es completo sin el sentimiento	174
Del exilio al viaje inmóvil	208

¿UN GÉNERO EXHAUSTO?	229
SOBRE LAS FUENTES DE ESTE LIBRO	239
NOTAS AL TEXTO	241
AGRADECIMIENTOS	265

INTRODUCCIÓN

Si usted no se ha movido nunca de su casa, alguien le contará del mundo. Quiénes son los masái, qué clima hace en Shanghái a mediados de abril, de qué color es el cielo del Cairo, cuál es el desayuno preferido de los suecos, lo fascinantes que son las montañas de la bahía de Halong al amanecer y lo enigmáticas que pueden ser las nubes a las tres de la tarde cuando empieza a llover sobre los Andes. Pero puede que usted haya viajado un poco. Aun así, serán otros los que le expliquen cómo son esos paisajes que no conoce y que quizá no vea nunca. Incluso si es un trotamundos, de esos que viven con la maleta siempre a medio hacer, serán quienes pasaron antes por los lugares que visita los que le cuenten historias de ese escenario en otro tiempo y circunstancias.

Quiénes cuentan el mundo son los viajeros. Ellos han escrito el mapa de las cosmovisiones de todas las épocas, sus relatos han hecho imaginar desiertos, mundos helados, imperios y tierras prometidas. Ellos son culpables, por ejemplo, de la idea que en Occidente tenemos de la India, ese territorio tan real como mítico que imaginamos así desde que un navegante griego, seis siglos antes de Cristo, escribió sobre ella un relato poblado por grifos, unicornios,

seres de un solo pie y un solo ojo. También fueron, en buena parte, responsables de la «Leyenda Negra» española en la Europa del Romanticismo, edificada en los tiempos de la Armada Invencible de Felipe II y luego reforzada por libros de viaje que repetían, uno tras otro, la imagen de país exótico de bandidos, mujeres fatales, corridas de toros y leyendas de moros y gitanos.

El mundo ha cambiado mucho desde Heródoto, pero todavía leemos relatos que nos hablan de los mismos paisajes que el griego describió en los nueve tomos de su *Historia*. Hace casi dos siglos que John Hanning Speke, Mungo Park, *sir* Francis Burton y el doctor Livingstone entraron en el corazón de África, pero aún hay sitio en las páginas de las revistas y las editoriales para crónicas sobre Tombuctú y relatos de Zanzíbar al lago Victoria, que vuelven a descubrir las fuentes del Nilo para los lectores contemporáneos. Desde que el primer hombre se alejó de la tribu y regresó para contar lo que había al otro lado de la pradera, cada lugar se ha narrado cientos de veces y tiene tantas versiones como ojos lo han visto. Y hay tantos viajes como viajeros y teóricos. Pero son ellos los que nos han hecho creer en la utopía de un mundo abarcable, legible, que se puede resumir en unos miles de páginas. *La invención del viaje* trata de esa quimera. Y por eso este libro es, entre otras cosas, un mapa imposible, una aproximación a un todo que, por definición, no puede ser cartografiado. Sin embargo, he hecho el intento. Ahí empieza este viaje. Aunque, en realidad, fue mucho antes.

¿Dónde comienzan los viajes?, se pregunta un personaje de *Historia de las despedidas*. Saint-Exupéry, una noche arropado bajo un manto de estrellas en el desierto, dijo haber «sentido de golpe el viaje». Cees Nooteboom, en un hotel mugriento y anónimo en Mauritania, también bajo el cielo oscuro y la resplandeciente quietud del silencio y la noche, entendió que no era otra cosa que un viajero, uno que escribe y describe el mundo. Kapuściński tuvo la misma sensación al cruzar por primera vez la frontera de Polonia, donde había nacido, y desde entonces no dejó de moverse. Llamó a aquello «contagio del viaje», una especie de enfermedad incurable que le obligaba a seguir viajando, igual que Heródoto. Rilke siem-

pre pensó que no le estaba permitido tener una casa, que lo suyo era vagar y esperar. Camus era un viajero de la «soledad poblada» de la ciudad y sentía el viaje en lo alto de Père-Lachaise, en París. Blaise Cendrars, camaleón, viajero, alquimista de su propia vida y siempre dispuesto a atender a la llamada de lo desconocido, decía que no aspiraba a escribir, ni a viajar, ni al peligro, sólo a vivir.

Se trata entonces de una elección. El viaje es una vida elegida en la que el único modelo a seguir es el del hombre libre. Se trata de conquistar una mirada propia y de renunciar a los simulacros. Pero eso implica muchas renunciaciones: se descarta la posibilidad de un domicilio fijo, de una vida al uso. Ya no habrá banderas para envolverse ni identidades únicas a las que aferrarse. Y se aprende muy rápidamente, por una especie de desarraigo crónico, que deja de existir la posibilidad de sentirse en casa en un único lugar. No hay regreso, no hay llegada. Viaja sólo quien sabe irse, como explicó en un verso Pedro Sorela. El único equipaje es la vida y los sueños. Y en esa ruta hay peligros, permanente transformación. No hay forma de salir ileso de la lucha contra las fronteras, de la suerte de ver el mundo, del encuentro con los Otros. El viaje es una huella. El viaje es una herida. Y un trasegar que sucede en medio de una gran soledad.

Pero los viajeros están dispuestos a pagar el precio. Se enamoran de su condición y de su lugar en la periferia. Son conscientes de su suerte, de la maravilla que contemplan. Se saben privilegiados de ser actores de su propio espectáculo, de inventar su guion, decidir los escenarios y hacer de sí mismos el personaje que más les interesa. Es así como se ponen en camino y comienzan a escribir con su propio cuerpo, siguiendo la máxima de Stendhal, y aspiran a hacer con todo ello una obra de arte, a vivir en la literatura, en la imaginación, en la poesía. Y el viaje es su forma de respiración.

Por eso no hay más ruta que la nuestra, como dijo Siqueiros. Esa ruta empieza mucho antes de salir al camino y una vez en marcha existe, también, la tentación de detenerse. Como ese personaje del cuento de Mrozek que llega a un hotel en el que sólo pueden hospedarse viajeros que no viajan más y él piensa por un momento

en quedarse. O la alegoría de Murakami en *After dark*, en la que tres hermanos escalan una montaña para elegir desde qué punto contemplarán el mundo. Sólo uno llega a la cima. Los otros se contentan con ver un trozo del paisaje.

Este libro es un viaje que comenzó hace muchos años en Medellín y me ha llevado a vivir en Madrid, Barcelona, Bogotá y Estocolmo, pasando por más de cuarenta países y cientos de pueblos y ciudades intermedias. Es una travesía que me ha confirmado que, como dice Rosi Braidotti, ser nómada no es no tener una casa, sino la capacidad de recrear tu casa en cualquier lugar¹. Este libro es una metáfora de mi propio viaje, de mi decisión de ponerme en camino. No salgo ilesa. No hay regreso de la aventura en la que se ha embarcado mi cabeza. Lo termino, también como un viaje, a sabiendas de que nunca puede realmente terminar: hay resúmenes, omisiones, citas, pausas, encuentros, elipsis, despedidas y muchos pendientes. Y es la alegoría de cómo el viajero muere muchas veces en la ruta. Hay muchos que dejan el barco, algunos sin despedirse —igual que en el gran viaje de la vida—. Pero no importa. Ellos también me enseñaron, y esa parte del camino fue, por su presencia, más llevadera.

Pero los que importan son los que están, y los que se quedan. Esos que nos ayudan a continuar en la ruta. Con los que dialogamos —el viaje es, al fin y al cabo, un sistema de diálogos—; aquellos que nos mantienen los ojos abiertos y su mano nos separa del suelo antes de resbalar. Ellos nos dan las bofetadas necesarias cuando el norte —o el sur— parece que se desvanecen. Son los que se quedan en puerto, aceptan con generosidad nuestras despedidas y esperan cada regreso. Saben que el viaje es búsqueda, pero nos acompañan sin preguntar qué es lo que estamos buscando. A ustedes, que saben quiénes son, infinitas gracias.

Yo he sentido de golpe el viaje no una, sino varias veces. Hace muchos años sobre el lomo de un caballo que galopaba a toda velocidad en una hacienda del Magdalena Medio colombiano. También en el avión que, a mis dieciocho años, me llevaba lejos de mis grandes amores porque yo lo había decidido así, en una especie de

primera aspiración real a una vida en libertad. Y cómo no en una estación de policía en Alemania, un día infinito con su noche silenciosa y brillante, cuando me estrellé por primera vez contra una frontera.

La invención del viaje es un intento por comprender todas esas sensaciones, ese «sentir de golpe el viaje». Espero que a otros les ayude también en esa ruta que buscan. No es más que el comienzo. Sigo viajando².

EL VIAJE COMO UNIVERSO

La gran metáfora

No existe, que sepamos, ninguna alegoría más poderosa: sinónimo de casi todo, el viaje tiene tantos significados que definirlo puede ser inagotable. Es metáfora de la vida, de la muerte, del conocimiento, de la escritura. «Para viajar basta existir», dijo Pessoa¹, y viaje es el trabajo del artista o de cualquier creador, por el movimiento que va desde la idea a su marca material y hasta nuestras omnipresentes pantallas. Lo advirtió Don Quijote: «El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho»².

El viaje es una idea. Estudiarlo como disciplina no parece posible* porque se puede abordar desde muchas esferas y por su presencia en todas las dimensiones de la vida del hombre: significa

* Parece imposible. Sin embargo, Michel Butor propuso en 1972 la *iterología*, la ciencia de los viajes, para estudiar desde múltiples enfoques las distintas formas del desplazamiento, su importancia y evolución. Butor, Michel (1972), «Le voyage et l'écriture», en *Romantisme. Voyager doit être un travail sérieux*, vol. 2, n.º 4. París, Flammarion, pp. 4-19.

aventura, conquista, movimiento, iniciación, búsqueda, peregrinación, huida, éxodo, partida, regreso, cruzada, descubrimiento, exploración, cambio, creación, nomadismo, colonización, extravío, migración, exilio, expedición científica, misión, utopía, viaje educativo y sentimental, embajada, comercio, ocio, vacaciones y turismo³.

Tampoco representa lo mismo para todos. Está condicionado por el género, la raza, la condición social, el nivel intelectual o la etnia⁴. Cada civilización le ha dado una definición. Por eso no es igual ir en barco que en transbordador, ser Jacques Cousteau que Cristóbal Colón o viajar por la Habana de Ernst Hemingway que por la de los recuerdos de Guillermo Cabrera Infante. Porque está claro que cambia las cosas atravesar la Antártida, el lugar más frío, seco y ventoso de la tierra, equipado con GPS, teléfonos satelitales y barras hipercalóricas en el equipaje —así lo hizo Ben Saunders: 105 días de ida y vuelta al Polo Sur en 2001— que haberlo hecho como Robert Falcon Scott en 1912, con la ayuda de 34 perros y 19 caballos, un sextante y trineos con motores rudimentarios —también tecnología punta en los tiempos de esa expedición—.

La lista de ejemplos es infinita: el espermatozoide, tras un viaje, engendra la vida, y los mamíferos llegamos al mundo tras un desplazamiento desde el vientre materno: nacer es nuestro primer viaje. Viajan las partículas, la luz, los astros alrededor de su estrella y el tiempo, que es, «por sí mismo, un viajero sin reposo»⁵. También hay grandes migraciones en la naturaleza: el bacalao, desde las costas heladas del Mar de Barents; el salmón migra a aguas dulces a finales de la primavera, la mariposa monarca va de las montañas rocosas a hibernar en Michoacán y la tortuga verde da la vuelta al mundo aprovechando la corriente del Golfo. El antílope, a través del Serengueti; la ballena, del Polo Norte hasta el Caribe para aparearse, y las aves se mueven en función del clima. El gaviotín ártico anida en la Tundra, pasa el invierno en aguas antárticas y vuela de regreso a casa. Así disfruta de dos veranos al año y recorre cerca de ochenta mil kilómetros —la migración más larga entre los animales—. Y cuenta Bruce Chatwin en *Los trazos de la canción* que

los peces migratorios emiten sonidos que atraviesan los cascos de los barcos y despiertan a los marineros⁶.

El *Homo sapiens* evolucionó en África, llegó al Cercano Oriente setenta y cinco mil años después y luego cruzó el estrecho de Bering; Darwin fue a Galápagos a bordo del *Beagle*, y también son viajes la carrera espacial y la llegada a Marte y a la luna. Existen travesías psicotrópicas, imaginarias, espirituales, oníricas e interiores. Hay desplazamiento en la exploración de los mares, los polos y en la gesta de alcanzar el Everest o cualquier montaña, así como en las cruzadas religiosas y en la conquista de un territorio. Viajero es el peregrino, el marinero, el pirata y el muerto que va al Más Allá. Unos van por tierra —a pie, en silla de posta, a lomo de camello, caballo, en tren—, y otros en globo, zepelín, parapente, cohete o en avión, cuando no en trasatlántico, piragua, submarino o a pulmón.

Se trata de una metáfora, pero también de un concepto, método y género narrativo: del catalán *viatge* y del latín *viaticum* —provisiones necesarias para la ruta—, deriva de *via*, camino. El término está emparentado con «jornada», *diurnata*, que en el Medioevo y parte del siglo XVI se utilizaba para referirse a lo que ocurría durante el día. También en la Edad Media, las peregrinaciones a Tierra Santa se llamaban *Itinerarium*, y ese era el nombre de la red de carreteras del Imperio romano: un listado de ciudades, calzadas y paradas posibles a lo largo del camino⁷. La *Tabula Peutingeriana* o el *Itinerario de Antonino* eran mapas que se copiaban y vendían a los caminantes —antepasados de la *Lonely Planet* y la *Guía Michelin*—. E *Itineraria* eran los monolitos que contenían la lista de lugares y distancias a lo largo de las vías de la antigua Roma.

Pero viajar es, sobre todo, acción: movimiento. El francés Michel de Certeau definió el espacio como «un cruce de movilidades»⁸. Cualquier recorrido implica desplazarse, y viajar es, precisamente, lo que hace posible esos cruces. La vida es lo que sucede mientras nos movemos. Ibn 'Arabî, sabio árabe del siglo XII, escribe en *El esplendor de los frutos del viaje*: «El origen de la existencia es el movimiento. En ella no puede haber inmovilidad pues regresaría a

su origen, que es la ausencia. Jamás cesa el viaje»⁹. Así lo indicó Pascal: «nuestra naturaleza reside en el movimiento, la calma completa es la muerte»¹⁰. Por eso todos somos viajeros. Nómadas, como dice Cees Nooteboom: «experiencia» es un vocablo que deriva de la misma raíz que *pirata* (*peiran*, aventurarse) y ahí ya se intuye la noción de aventura¹¹. No parece posible un viaje en la quietud, pero el antropólogo Marc Augé ha propuesto el viaje inmóvil, en el que, aunque hay desplazamiento físico, no se mueve la mente ni la imaginación¹². Como dijo el filósofo Santayana, quizá la traslación sea la clave de la inteligencia, y de ahí que el viaje esté en la raíz de la ciencia, el progreso y el saber¹³.

El conocimiento viene del viaje. La historia de las ideas tiene muchas deudas con el desplazamiento: los seres humanos le debemos la fecundación que da origen a la vida y, al trasegar de los primeros homínidos, la evolución de la especie*. Esos hombres primitivos, de los tiempos de la última glaciación, que convivían con mamuts, rinocerontes lanudos y tigres dientes de sable, se movían por necesidad, por hambre o frío, y encontraron con esos periplos comida y refugio. Eran nómadas recolectores y vivían en función de la naturaleza. Su patria era la tierra entera, libre de estados y fronteras. Sobrevivir implicaba moverse y así poblaron los continentes y alcanzaron la condición de *Homo sapiens*** . Porque el viaje fue, desde el comienzo, algo natural, y sólo empezó a ser excepcional cuando el hombre se hizo sedentario. Pero una vez establecido

* Un viaje favoreció el desarrollo de la vida en la tierra. Los científicos coinciden en que pudo ser un meteorito el que trajo, entre la roca y el polvo, la materia necesaria para que la vida que surgió en el agua pudiera construir un ADN y la membrana necesaria para formar tejidos y reproducirse. ¿Y si fue la vida misma la que vino en ese meteorito? Cf. Zimmer, Carl (2005): «How and Where Did Life on Earth Arise?», en *Science Magazine*, vol. 309, n.º 5731, EE.UU., p. 89.

** El proceso en el que el hombre primitivo llega a sus primeras ideas (domestica el fuego, desarrolla el lenguaje o perfecciona herramientas) es más complejo que el trasegar. Sin embargo Peter Watson, en la *Historia de las ideas*, explica cómo su condición de nómada —viajero— y cazador juegan un papel crucial en su desarrollo. Cf. Watson, Peter (2006): *Historia de las ideas*. Barcelona, Crítica, pp. 33-117.

volvió a moverse, impulsado por su espíritu de aventura o por necesidades económicas, religiosas o políticas¹⁴.

Recorrer el mundo significa hacerlo más comprensible. Con el viaje elaboramos las primeras explicaciones metafísicas y a través de los mitos —cuyo protagonista es el héroe, un viajero— comenzamos a descifrar el entorno. Al viajar se conquista el espacio, descubrimos nuevos escenarios y se amplían las fronteras. La necesidad de movernos ha perfeccionado el transporte. Y la rueda, los primeros carruajes y la silla de postas bastan para comprender cómo el viaje ha sido trascendental en esa revolución de la que hacen parte el ferrocarril, el submarino, el coche y el avión.

Se dice que el hombre parte de la ignorancia y avanza hacia el conocimiento, metáfora que implica un recorrido que va de la antigua Grecia hasta la ciencia moderna. Platón, con su alegoría de la caverna del siglo v a.C., es uno de los primeros en aludir al viaje que hay que realizar para realmente Conocer, ese en el que saber es una peregrinación escalonada hacia las ideas del Bien y la Belleza.

Del viaje surge, a su vez, el método científico: Descartes abandonó sus estudios de letras apenas tuvo edad para alejarse de sus maestros: «Y resuelto a no buscar otra ciencia que la que pudiera hallar en mí mismo o bien en el gran libro del mundo, empleé el resto de mi juventud en viajar», escribió en *El discurso del método*. Visitó varios países y tras ese recorrido formuló una de sus primeras ideas revolucionarias: que los pueblos que tenían opiniones contrarias a las suyas no eran por eso bárbaros, sino también hijos de la razón. El filósofo se encerró en una pequeña habitación en Ulm, al sur de Alemania, y cuando acabó el invierno partió de nuevo: «... y en los nueve años siguientes no hice otra cosa que rodar por el mundo, procurando ser más bien espectador que actor en las comedias que en él se representan»¹⁵.

Una de las metáforas más recurrentes de la filosofía es «el camino». Por eso resulta tan sugerente que Descartes fundara las bases del quehacer científico en el viaje, donde el «yo» y el mundo constituyen las únicas fuentes de conocimiento. El «yo» es fuente de

certeza; el mundo, de experiencias¹⁶. Su método supone un recorrido de lo conocido a lo desconocido y demuestra que la fórmula para alcanzar el saber es indisoluble del desplazamiento. El viaje es distancia y ruptura. Se trata de una nueva lógica de la ciencia que se traduce en irse, viajar para poder conocer. No basta con los libros¹⁷.

No sólo Descartes. Nietzsche, Rousseau y Voltaire también lo usaron como método, principio, fuente, objeto y sujeto del saber. Montaigne dijo en sus *Ensayos* (1580): «Conviene la visita a países extranjeros, no sólo para aprender las tendencias y las costumbres de esas naciones sino para rozar y limar nuestro cerebro contra los otros»¹⁸. Montesquieu, para su teoría de la división de poderes y la redacción del *Espíritu de las leyes* (1748), utilizó un gran número de libros de viaje. La experimentación, el empirismo y la lógica inductiva tuvieron que ver con el desplazamiento, en tiempos de Bacon y Locke cuando los científicos fueron los marineros que salieron a estudiar la naturaleza desconocida. Y Adam Smith, en *La riqueza de las naciones* (1776), atribuyó a dos viajes el calificativo de «los dos sucesos más grandes e importantes que se registran en la historia del mundo: el descubrimiento de América y el paso a las Indias Orientales por el Cabo de Buena Esperanza»¹⁹.

El profesor alemán Rainer Gruenter asegura que muchas de las ciencias naturales y culturales sólo son justificables como «ciencias de viaje»: las naturales no se entienden sin los viajes de los descubrimientos y las expediciones científicas y las ciencias de la cultura sólo pueden abordar sus objetos de estudio mediante visitas o estancias en los ámbitos de su investigación²⁰.

La historia de las ideas debe a los viajes el concepto de la estética del paisaje y de lo sublime, del exotismo y la alteridad, el fin del modelo creacionista, el cosmopolitismo, la etnología y la idea de la tolerancia hacia la diferencia²¹. Y quienes se han ido han regresado siempre cargados de novedades revolucionarias. Si avanza la ciencia, avanza el viaje, y al contrario. Gracias a Juan Sebastián Elcano y Magallanes supimos que la tierra es redonda, y por las expediciones de la Condamine y Moreau de Maupertuis, que está

achatada en los polos. Darwin formuló la teoría de la evolución de las especies a bordo de un pequeño bergantín con menos de treinta metros de eslora, y el ir y venir de viajeros ha transformado los sistemas de producción con la llegada de nuevos materiales y técnicas: la pólvora la trajeron los comerciantes a Occidente desde China; el alfabeto llegó a los griegos por los fenicios, Tales de Mileto importó de Egipto los conocimientos que fueron el germen de la filosofía occidental.

Los mercaderes fueron los primeros importadores de lo exótico, cuando llevaron productos desconocidos de sus países y trajeron otros de vuelta. De Afganistán, desde las montañas del Pamir, llegó a Venecia el lapislázuli, una piedra semipreciosa que parecía un fragmento del cielo, y que fue bautizada como «azul ultramar» precisamente por su origen desde el otro lado del océano. Aquella roca transformó la historia del arte, y el azul se convirtió en el color de lo sagrado. De igual modo, por la expansión de las rutas de comercio, llegaron de Oriente cientos de especias que se usaron como pigmentos naturales —aquello hizo posible la aparición de los coloristas italianos a partir del Renacimiento— y de las colonias se importó también la cochinilla, un parásito del nopal del que se extraía el rojo carmín más apreciado por los pintores del viejo continente.

Los españoles revolucionaron la alimentación europea cuando trajeron de América la patata, el maíz, el cacao y el tabaco, como ya había sucedido en los tiempos de Alejandro Magno cuando los soldados macedonios volvieron de la cuenca del Indo con arroz, judías, pimienta, jengibre y azúcar. Incluso los japoneses deben su famosa tempura a los misioneros jesuitas del siglo XVI, que les enseñaron la clásica técnica del empanado portugués y español.

Los viajeros han transportado artefactos y medicinas, dibujado mapas, impulsado la navegación y la arqueología, formulado problemas filosóficos, difundido lenguas y relatado las costumbres del resto del planeta: ellos han cambiado la tierra²². Por eso la historia del desplazamiento es la historia del mundo. Buena parte de los momentos estelares de la humanidad tienen algún viaje entre medias:

las migraciones, la construcción de ciudades, las guerras coloniales y de independencia, el descubrimiento de continentes, la conquista del espacio. De ahí que el viajero y su actitud ante el mundo sean un reflejo de cada tiempo y, sus relatos, tesoreros y responsables de las cosmovisiones: durante siglos, geógrafos, cartógrafos y escritores dependieron del viaje para describir el resto del mundo a sus contemporáneos. Y por eso la escritura de viaje ha sido determinante en el origen de los géneros literarios: del poema épico al ensayo humanista, la novela, la picaresca, los cuadros de costumbres, el realismo mágico, los libros de caballería, la utopía y el periodismo²³.

El viaje ha influido en el pensamiento poético, la arquitectura y la imaginación artística: es posible que la devoción de los florentinos por la Madona y sus representaciones de la Virgen con el niño tengan origen en un templo consagrado a Isis —la diosa egipcia que lloraba a Osiris—, cuya estatua habían visto en la plaza San Firenze y en Fiesole, y que los antiguos romanos habían llevado hasta allí²⁴. Tampoco se entiende la historia del arte sin el movimiento de los artistas. Las formas de representación de los egipcios —hieráticas, rígidas— determinaron el arte griego del periodo arcadio, donde las estatuas de los *kuros*, los atletas, parecían salidas de una tumba egipcia. La influencia llegó hasta los romanos, y se han encontrado representaciones del dios Horus con uniforme de centurión.

También en la baja Edad Media, explica Ernst Gombrich, el arte del Giotto influyó desde Italia hasta más allá de los Alpes, y las fórmulas de los pintores del Norte también tuvieron sus efectos en los maestros del sur, por ejemplo con la llegada del óleo, que había inventado Van Eyck en los Países Bajos. Las ideas y los artistas iban de un centro a otro, y nadie rechazaba una obra porque fuera «extranjera». Aquello generó un intercambio e influencia mutua cuyo resultado se conoce como el *estilo internacional*, que se llamó así precisamente porque los pintores y escultores del gótico, en el siglo XIV, viajaban²⁵. También los hombres del Renacimiento se desplazaron como pintores oficiales de las distintas cortes europeas —Leonardo en la casa Sforza de Milán, Tiziano en España con

Carlos V, Rubens en Mantua, Amberes, España e Inglaterra, y es sabido que El Bosco cambió su estilo tras su paso por Venecia—. Velázquez aprendió en sus viajes a Roma la forma de representar las escenas bíblicas y mitológicas de forma auténtica, naturalista. Y siglos más tarde, los impresionistas fueron los primeros pintores que viajaron frecuentemente en tren, cuando en la segunda mitad del siglo XIX se expandió la red ferroviaria en Europa. Y no se entiende a Van Gogh sin su paso por París, Nuenen, La Haya, Aix-en-Provence y Auvers-sur-Oise*.

El viaje también cumple un papel esencial en la configuración de las razas. Los primeros hombres salieron de África y poblaron la tierra desde el valle del Nilo y el Sahara hacia Eurasia. Y hace cuatro mil años, los indoeuropeos primitivos entraron en contacto con otras culturas, entre ellas la semita —originaria de la península arábiga—, lo que luego dio origen al pensamiento europeo.

Incluso el poder tiene que ver con el desplazamiento. Los viajeros siempre tuvieron influencia en las esferas políticas y las cortes, y las fronteras se delimitan tras la conquista y el control de territorios, las batallas territoriales y las migraciones. «La historia de la civilización es la de la movilidad», ha dicho Eric Leed, y también la de la creación de las patrias²⁶. El concepto de nación y con él las identidades, los pasaportes, los pasos fronterizos, las literaturas nacionales y los relatos patrióticos vienen del viaje, que al mismo tiempo ha propiciado enemistades, fronteras y estereotipos. De esta relación viene, a su vez, la relevancia de los mapas, que Foucault definía como instrumentos de autoridad y poder. Con el control del territorio se maneja la economía, la política, las fronteras. Y en las guerras, el dominio de la cartografía es crucial para ganar batallas. Por eso «las guerras son viajes, viajes de naciones», como dijo con ironía Paul Morand, «por su papel capital en la relación entre los pueblos»²⁷.

* Se sabe que Van Gogh, al comienzo de su estancia en Arlés, tituló uno de sus primeros retratos femeninos *La Mousmé*, un nombre que sacó de su lectura de *Madame Chisanthème*, del viajero Pierre Loti.